



EL MAESTRO

RECUERDOS.

En Agosto de ochenta y nueve Altamirano salió para París. El «Liceo Mexicano» le dedicó una velada á la que no pudo asistir; y en aquel entonces escribí para el libro que á Altamirano consagramos, el artículo que copio abajo . . . .  
Teníamos razón de tener miedo!

\* \* \*

Pensaba haber dicho algunos versos en la velada que dedicó el «Liceo Mexicano» al Maestro que se va; pero los versos me dejaron. Allí van los apuestos caballeros: ¡el paje con su halcón prendido al hombro; el doncel vestido de seda; el capitán con su coraza de bruñido acero! ¡Allí van los blancos penachos de pluma, las lucientes picas de las lanzas! Miro la nube de polvo, oigo el galope de los corceles! ¡Allí van mis versos! Entro á mi poesía, y es un castillo solitario. Los leños de la chimenea, ya amaron, ya ardieron. Cuelgan de los muros algunos retratos de hombres torvos. Las grandes armaduras aguardan cuerpos que se fueron, como los cadáveres aguardan almas que volaron. Este castillo no puede ya hospedaros, ¡oh maestro! Está en ruinas.

Algo nuestro va á irse en esa nave que espera en la bahía. Todos tenemos con Altamirano próximo parentesco intelectual. Es el autor de sus preclaras obras, y en mucha parte es el coautor tam-

bién de casi todas las obras buenas de nuestras dos últimas generaciones literarias. Ha sido, por el voto unánime de todos los escritores liberales, algo así como Presidente en la República de las letras mexicanas. El ha procurado independirla, desvincularla, en cuanto conveniente y razonable, de la literatura española. Su influencia, pues, ha sido efectiva, trascendental y provechosa. Ha aconsejado, ha alentado, ha dirigido. Por juramento de heredad es el maestro.

La influencia de D. Ignacio Ramírez—y aventuro con miedo, pero en conciencia, esta idea,—no fué tan eficaz en la literatura. Se siente más en el desarrollo político de México, y menos en el arte. Ramírez fué de los grandes demoleedores, y como buen escéptico, desdeñoso del vulgo, poco amigo de dar de su espíritu en comunión á la generalidad, filosóficamente egoísta. Su burla alejaba. Era su pensamiento de difícil acceso, como fortaleza alzada en la cumbre del peñón más árido y más alto. Venía Ramírez de las persecuciones, de los calabozos, de los destierros, y venía, no con odios, pero sí con amarguras, sí con desesperanza, sí con incredulidad, sí con desprecios. Podría decirse que, como Dante, regresaba del infierno. Sentía el agrio dejo de su vida azarosa. Su pereza no era modorra del entendimiento ni egoísmo; significaba lo que el *a quoi bon?* escrito por Lamartine en la última página del *contempus mundi*. ¿Para qué. . . ? ¿Para qué escribir. . . ? ¿Para qué luchar. . . ? ¿Todo es inútil! El Nigromante no sembró; no creía en la fecundidad de la tierra: se le cayeron de las manos muchas simientes y de ellas brotaron las espigas. Ya una vez admitidos en su intimidad, ya una vez hospedados en su castillo, veíamosle tal cual era, honrado, bondadoso, sabio. Pero ¡cuán escabrosa la subida! Acaso ninguno de nuestros pensadores descendió á tan hondos abismos como él; acaso ninguno llegó á cumbres más altas; pero, al volver á la tierra, Ramírez se reía de nosotros. Su Laura estaba en la cuarta esfera del Petrarca; su Beatriz en el paraíso. No cantaba sus dolores porque temía que hiciéramos mofa de sus lágrimas. No enseñaba, más de lo que enseñó, porque temía que no aprendiéramos.

Abrid los tomos de sus obras. Diríase al leerlas que visitamos ruinas clásicas. Y no son ruinas, sino acopio de preciosos materiales para construir un soberbio edificio. Allí hay mármol, allí hay oro, allí hay piedras preciosas; allí hay arcadas, allí hay plintos, allí hay capiteles, volutas, frisos de labor exquisita, pero todo está disperso, y todo adrede arrinconado. Parece que el arquitecto, como entre

sueños y con olímpico desdén, le dice al mundo:—Puedo erigir perenne monumento, y sé hacerlo, como lo miras, y no lo hago. ¿Para qué. . . ?

La poesía de Ramírez tampoco sirvió de cauce á una nueva corriente literaria. Ibase él con las Musas antiguas, despreciando á las modernas por estériles. Ibase con Horacio, su bueno y predilecto amigo. Ibase con el risueño Anakreón, su amable padre. Pero no se iba para traerlos de su compañía y hacerles gustar el zumo en nuestras vides—como Altamirano nos trajo á Horacio en sus *Abejas*,—sino para decirles: ¡Heme aquí de regreso! ¡Soy de los vuestros, oh, mis llorados ausentes; oh, mis viejos compañeros!

Cuando Ramírez habla en verso, tal se diría que traduce de un poeta latino, ó, algunas veces de un poeta griego. Lo moderno en literatura le disgusta. Desdeña la novela; búrlase del teatro actual; no quiere hacer crítica que sea creación, y creación bella. Todo lo puede hacer; pero no quiere. ¿Para qué. . . ?

¡Cuánto bien, sin embargo, hizo á las letras, acaso involuntariamente, ese terrible demoleedor! Allaná el camino; lo limpió de estorbos. . . . Pero era preciso crear, y sólo el amor crea, sólo él fecundiza. Tenía á su lado aquel Maestro á un San Juan ardentísimo, al águila de Patmos, á Guillermo Prieto. Y tenía también á un discípulo muy querido, á su elocuente apóstol Pablo; á Altamirano. Estas dos grandes fuerzas han movido á la moderna literatura. De ambas hablaré con la necesaria detención, cuando escriba lo que me propongo escribir. . . . ¡Acaso nunca! Hoy sólo consagro á Altamirano algunas frases.

Tiene el talento de Altamirano, la cualidad que faltaba al talento de Ramírez: la de ser simpático. Y por simpático entiendo, en este caso, lo que atrae el mayor número, lo que seduce, lo que cautiva, lo que perdona, lo que disculpa, lo que alienta, lo que esparce y prodiga cariño. En otro orden de ideas, ¿cómo había de decir que no es simpático el talento de Ramírez? Altamirano tiene espíritu de apóstol. Propaga, predica, ama. Altamirano se entusiasma; corre sacudiendo su antorcha y gritando:—¡Aquí está, tomadla, que pase de mano en mano!—Su deseo es hacer prosélitos; su esperanza arde siempre como el fuego conservado por las vestales. Alfredo de Vigny, según la frase de Saint Beuve, se encerraba en su torre de marfil; Ramírez se encerraba en su hoso torreón de granito; Altamirano no quiere encierros ni clausuras, quiere luz, campo abierto, conquistas

Es un prodigio: da todo lo que tiene. No estudia para sí, estudia para todos. Su inteligencia no es avara, nada guarda. Altamirano es un admirable manirroto que á nadie escatima su talento. El dijo: *Dejad que los niños se acerquen á mí!* y fué dueño de toda una generación! Esos niños fueron hombres; esos hombres son célebres; ¡y son suyos!

Por tener tal espíritu de propaganda, por sentir tal amor, Altamirano — y esto sí lo digo sin miedo y en conciencia, — es más poeta que Ramírez. No es poeta arcaico, pero no porque no conozca á maravilla, no porque no ame á los poetas latinos y á los griegos, sino porque al entrar la poesía clásica en sus versos, entra previo el requisito de que Altamirano la naturalice y le dé carta de ciudadanía mexicana. Léanse *Las Abejas*. Descienden de las abejas de Hymeto; pero son de México. En sus *Naranjos* pueden posarse las cigarras que oyó cantar Virgilio; pero son naranjos de nuestra tierra.

Otros poetas americanos — este es vicio detestable, — han exagerado muchísimo lo que llaman algunos el *color local*. En Cuba hay vates que lo son nada más porque riman mamey con siboney y con carey. Esa poesía emborracha como el olor de un plantío de chirimoya ó guayabo. Altamirano es un poeta americano, por excelencia americano, pero que habla en correcto español, y que antes de ser americano, ha sido francés, ha sido latino, ha sido griego.

En Altamirano, al par que una intelección perfecta de la poesía clásica, existe el culto á la poesía moderna; y en los poetas próceres de la antigüedad, y en los poetas del romanticismo, y en los franceses de la época presente, y en los alemanes como Heine, y en los ingleses como Tennyson, y en los portugueses como Herculano, y en los de Norte y Sur América ha libado la miel que destilan sus versos y que resulta, filtrada por su ingenio, esencialmente mexicana. Esto es ser, en realidad, un poeta original: no inculto, no ignorante, no sólo inspirado, no espontáneo nada más, sino deliberado y sábiamente original.

Pero en Altamirano, el literato es tal vez superior al poeta. No tenemos otro literato más literato que él. Tendremos mejores filólogos, más pulcros hablistas, estilistas más brillantes, eruditos que hayan ahondado más esta ó aquella mina del saber; pero no tenemos ningún literato superior á Altamirano. Literato á la manera de Saint Beuve; crítico que es artista; erudito que resucita la belleza, no erudito de esos que parecen índices; en una palabra: Altamirano

es el literato que pintaba Lessing, «el que ama apasionadamente las letras y es apasionadamente amado de ellas.»

Tan literato y tan poeta es, que al escribir acerca de él, me olvido de los muchos otros títulos que tiene para pasar á la posteridad, revestido de gloria, y para merecer nuestra gratitud. Pero no quiero ya ni encarecer esta su ilustre primacía. Lo que Altamirano vale, sólo como literato y como poeta, no se dice, no cabe en un artículo. En éste, el amigo se despide del amigo; el soldado raso presenta el arma á su general en jefe!

. . . . De todas maneras, habría preferido hablarle en verso. Más á propósito es el verso para expresar intensas emociones. Hacer un juicio crítico del maestro, me es ahora imposible. Puede ser que sus obras tengan defectos. . . . pero, en ese instante, al despedirme de él, no se los hallo. No quiero, por egoísmo y por caridad, por no aumentar la pena mía y la pena de los otros, hacer memoria hoy de todas sus virtudes.

Quisiera, cobardemente, que no fuera un gran literato, que no fuera un gran poeta, que no fuera un gran amigo, para verlo partir con ojos serenos. Va á ser útil á la literatura nuestra en Europa; después de habernos educado, va á darnos á conocer. . . . y, sin embargo. . . . ¡yo quisiera mejor que no se fuera!

¡Vamos. . . ! El hombre siempre es niño! Y el niño tiene siempre miedo al mar. . . . y llora cuando se aleja de sus padres!

Este artículo no es un juicio crítico, no es nada. No dice adiós al maestro; no le dice «hasta luego». . . . le dice, sencilla y tristemente: ¡Volved pronto!





BIBLIOTECA PARTICULAR  
DE LA

*Srita. Felicitas Lozoya*

PROFESORA DE CANTO.

ERNESTO RENAN.

Ha muerto el más grande entre los grandes pensadores melancólicos contemporáneos: ya murió Renán. Su espíritu desterrado, su espíritu semejante á hermoso y niño príncipe en exilio, regresó á la patria que no conocía, porque aun no sabían sus ojos recordar cuándo salió de ella; á la patria que buscó siempre con ahínco, pero ¡solo! Ha muerto ese gran triste, ese ausente de lo infinito, ese hombre honrado. No iba, no voy, creo que no iré por sus caminos; no he podido, no puedo, temo que no podré nunca resignarme á dormir en la almohada de Epicuro para soñar los sueños de Platón; pero ese ánimo noble, lleno de amor humano, que se divinizaba á la luz silente del recuerdo; ese nostálgico de inmortalidad y de verdad; ese que no mintió y que fué leal á su conciencia; ese que tuvo flores imperecederas para los dioses muertos en su fe y que no desdendió nunca á la esperanza; ese que no creyó á Jesús su padre sino hermano suyo; ese gran huérfano, era de los vivos que yo amaba por sinceros, por enamorados de la belleza eterna, y también—¡es verdad!—por infelices.

Varios años hace cayó en mis manos el retrato de Renán . . . aquí lo tengo . . . y no . . . no me había figurado al hombre tal como era. Me le imaginaba gallardo, esbelto como Lamartine, y vedle: grueso, mofletudo, con aspecto de canónigo á la hora de vísperas. Se trasluce en sus ojos cierta tristeza resignada, y sus carnosos labios están húmedos como por el reciente beso de la vida. Descansa

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTE

sus manos en las rodillas, y se diría que ve jugar á los traviesos nietezuelos. Satisfacción en la carne; resignación en el espíritu; eso es lo que se adivina en el retrato. Hombre más hecho de nervios, no habría llegado como Renán y con la propia avidez de fe, á la edad de setenta años. A ese amante desgraciado de la religión, le dió la materia sus mullidos almohadones para que descansara, para que soñara. En su oriental letargo contemplaba á Sulamita entonando el cantar de los cantares. La voluptuosidad cerraba aquellos ojos, cuando iban á llorar, con dos fragantes pétalos de rosa.

Ve uno el retrato de Musset, y al punto dice: — ¡ese pobre poeta que sufre tanto, bebe mucho! — Y se exclama al ver este retrato de Renán: — ese no bebe, come y ama bien.

Pero adentro de esa materia densa, tras la capa de grasa que formó la vida providente para que en ella se embotaran los tiros del dolor, hay un espíritu inquieto que cae en sopor blando á la hora de los postres; pero que suele despertar, erguirse, y decir suplicante: ¿en dónde estoy? ¡quiero irme á casa! Ese espíritu fué otro; lo enluta como la sombra de una catedral; llora á un padre que tuvo y á quien acaso ya nunca ha de encontrar. Ese espíritu, impaciente desde la niñez, salió del Seminario de San Sulpicio para ir á Palestina . . . y ¡ay! ¡él sí que fué á la conquista de un sepulcro vacío! En ese enterró al Jesús de barba rubia, y alrededor de ese monumento anduvo siempre, como las santas mujeres, pero esperando en vano que Jesús resucitara.

Toda la existencia de Renán, es una perpetua, inútil correría por Tierra Santa. Ni su fe ida, ni su hermana muerta revivieron. Volvió desnudo como la verdad, y triste como ella. No engañó, dijo todo: — ¡Ya no tengo nada!

Bien sabía que, al decirlo, desgarraba corazones buenos y para él queridos; desataba los más estrechos lazos; se iba de los suyos; pero no quiso mentir.

Había él nacido, no para los grandes éxtasis de Patmos, pero sí para los deliquios místicamente amorosos de Teresa de Jesús. Su canto requería, como acompañamiento, la religiosa voz del órgano. Y con haber ocultado su incredulidad, con haber dicho hermosamente el salmo que esperaban las piadosas muchedumbres, habría sido por fuerza el sumo sacerdote, el corifeo de la oración.

Prefirió ser sincero. Y despidióse del amor de los que amaba, y la tristeza de la despedida rodea como de luz crepuscular toda su obra.

Cuando la materia de Renán dormita, el pensamiento de ese nostálgico, á modo de golondrina que busca el viejo nido en la torre de un templo, vuelve á su amado San Sulpicio, y desde la ventana, sin arrodillarse, porque las aves no se arrodillan nunca, oye la misa.

Parece que deseaba reconciliarse, sin falsía, con aquellos que por deber le desterraron de su comunión. É hizo un Jesús humanamente divino, un San Pablo hermosísimo; pero su Jesús era hombre; y su Pablo era apóstol, y lo que le pedían sedientas turbas, era un Dios y era un Santo.

¡Qué páginas tan melancólicas hay en los *Recuerdos de Infancia y Juventud* y en las *Hojas Desprendidas*! El idioma francés canta en los labios de esa prosa marmórea de divina elegía y el supremo epitalamio. Ningún gemido desgarrador como el de Job: el eco solamente de sollozos lejanos.

Había bajado Renán á las profundidades de las lenguas semíticas para hallar la palabra sagrada; mas no pudo hallarla. Había dicho á la estatua: — ¡sé dios! — pero no se animó aquel blanco mármol, como antes se había animado el de la amante Galatea. Había ido con sed, con hambre y con fatiga, siguiendo al pueblo de Israel en su penosa caminata; pero no columbró jamás el Monte Nevo.

La única caritativa para con él, fué la esperanza. Murió pensando que tenía un Padre desconocido allá en los cielos. Y su amargura, cuando la voluptuosidad le abandonaba, era la de pensar que no le querían, que no podían quererle tantos espíritus honrados, tantas almas puras!

¡Cómo en esos instantes de honda tristeza que se dibujan en sus libros, habría deseado tener una fe inmensa, para darle algo, sin quedarme entre sombras, de la mía!

¡Y cómo me indigna ver lo que ya ese pensador había previsto: la lluvia de injurias cayendo sobre la losa de la tumba! Para él, que amó tanto á su fe muerta y que mantuvo siempre viva la oscilante lámpara de la esperanza, los que tienen deber de amar no han tenido ni tienen caridad!

En su último libro están sus últimas y sinceras palabras: «orad por mí.»

Hoy esos ojos, cansados de esperar, ya se cerraron. Aquí yace el que mucho é intensamente quiso creer, pero no pudo.

\*\*\*

Mi artículo sobre Ernesto Renán produjo, en cierta prensa, una marejada de insultos, que se rompe en el pedestal de la estatua levantada por la admiración universal á ese hombre honrado y grande. Dije que su método filosófico no era el mío; y con toda mala fe hánme querido presentar como incondicional devoto suyo. Pero mi oscura, insignificante personalidad no hace al caso: sí lastima á todo espíritu recto el ver injuriado á quien respeto merece y de antemano había perdonado á sus insultadores.

Cuentan que Renán, moribundo, dijo á un amigo: «Yo no sé en qué forma volveremos á vernos, pero nos veremos.» Y un periódico dice, comentando esa frase, que ella desmiente la vida toda de Renán. ¡Oh qué ignorancia!

Abro uno de los últimos libros que publicó, el *Porvenir de la Ciencia*, y leo lo siguiente:

«Fuí formado por la Iglesia, debo á ella lo que soy, y jamás lo olvidaré. Porque me separó de lo profano, le debo y tengo gratitud. Aquél á quien Dios ha tocado, es y será siempre un sér distinto de los otros; haga lo que haga, estará en toda época fuera de lugar en medio á los humanos, lleva una insignia, y por esa insignia se le reconoce. Para él no son halagüeñas las promesas de los jóvenes, y para él las jóvenes no sonríen jamás. Desde que él miró á Dios, le cuesta trabajo hablar: ya no conversa de las cosas terrenas. ¡Oh Dios de mi juventud! Por largo tiempo esperé volver á Tí, con las banderas desplegadas, con la altivez de la razón triunfante, y acaso he de buscarte humilde y vencido, como débil hembra!»

«En otra edad, Tú me escuchabas; tenía la esperanza de volver á ver tu rostro, porque me oías y contestabas mi clamor. Y he visto desmoronarse el templo, piedra tras de piedra; y ya no hay ecos en el Santuario, y en vez de aquel altar, adornado con dulces y con flores, miro erguirse ante mí un altar de bronce, contra el que va á romperse la plegaria, desmantelado, adusto, sin tabernáculo ni imágenes, y por la fatalidad ensangrentado. Es culpa mía? Es tuya? ¡Ah! ¡Con qué agrado golpearía yo mi pecho, si aún esperase oír aquella voz amada, que en otra edad me conmovía! Pero no; sólo queda la naturaleza inflexible. Busco tu ojo de padre, y sólo hallo la órbita vacía y sin fondo del infinito; busco tu frente celestial, y choco

en la bronceada bóveda que, de rechazo, y frío, me devuelve mi amor. ¡Adiós, pues, Dios de mi juventud! Acaso seas el de mi lecho mortuario. ¡Adiós! ¡Aunque me engañes, aunque me hayas engañado, te amo todavía!»

Cuando se escapa este gemido de uno de los corazones más rectos, cuando sombreá esta duda una de las inteligencias más visitadas por la luz, cuando brillan esas lágrimas en ojos que pueden resistir la claridad del sol, no puede uno menos de preguntarse: ¿será una dicha la ignorancia?

Ese es un grito de dolor; ese es el grito en que prorrumpe el hijo cuando su padre lanza el último suspiro; el grito que lanzamos todos los huérfanos cada vez que sufrimos: ¡Padre, mi padre, nunca te veré!

Pero á pesar de ese clamor de eterna desesperanza, el huérfano ve allá, lejos, muy lejos, una débil luz. . . . la que brilla tenuemente en el último párrafo escrito por Renán. ¿Quién la encendió? ¿La fe? Ya estaba muerta. ¿La esperanza? Se había ido. La encendió la caridad, que es la única madre de los que ya no tienen madre: la caridad, que significa amor.

Este libro del gran artista de la palabra, del más sincero y triste de los pensadores, causa el propio efecto doloroso que aquel canto de Juan Pablo Richter, en el que aparecen resucitados, redivivos, todos los niños que murieron, y tienden las manos y dicen á Jesús crucificado:—Jesús, Jesús, ¿ya no tenemos padre?—Y Jesús les responde:—Hijos del siglo, todos somos huérfanos!

Renán, en la plenitud de su talento, no cansado pero sí entristecido, parece como que va melancólicamente á visitar la casa de sus padres. Se acuerda de que creía lo que sería el peor de los dolores, si no existiera el de recordar que se amó. Lloró en la tumba de su religión como se llora en la tumba de una madre. Y sin embargo, Renán nos había dicho: «Toda religión, cuando aparece, no es más que un nuevo género literario.»

Acontecía lo que á todos los demolidores de templos, lo que á todos los iconoclastas. Después de echar abajo imágenes, esculpen otras de otros y las suben al altar. El templo cambia de inquilinos, pero siempre es templo. En el sobre de la oración escrita, va otro nombre; pero siempre es oración la que va adentro. Augusto Comte hace su religión; Hartman hace su religión. . . . hasta la misma *Irreligión del Porvenir* del materialista Guillot, es una religión que está en su génesis.

De modo que las torres de las Catedrales, las torres cuyas agujas góticas parecen precavernos y salvarnos de los rayos divinos, están bien clavadas en la tierra, y no hay poder humano suficiente á arrancarlas. Necesitamos hablar de lo eterno. El materialismo hace eterna la materia. El se hace Dios, puesto que puede concebir la eternidad, y se desposa con lo inanimado.

Los santos salen corridos de una iglesia cristiana de París; pero entran á ella los poetas, los sabios y los héroes: otros santos! La humanidad cambia de amantes, pero siempre ama á dioses.

Renán se fué despidiendo con mucho cariño y con muchísima tristeza de sus creencias cristianas; pero cómo sin decirles ¡adiós! sino ¡hasta luego!—Adiós ¡oh mi Jesús! Yo quisiera que fueras dios, yo creo que lo mereces y te haría dios, si pudiera . . . pero mis maestros dicen que no lo eres y que te deje y que me vaya—Y Renán entierra á Jesús, y con su talento genial de insigne lapidario, le erige un monumento de mármol, un admirable mausoleo, La estatua del Nazareno la esculpe él y, aunque nos diga el autor que es la estatua de un hombre, nosotros replicamos: ¡no, ese es ángel!

—¡Adiós—dice Renán,—oh mi San Pablo!—y lo sepulta en un sarcófago de alabastro. Ya que no puede darle la inmortalidad del cielo, le da esto que aquí llamamos inmortalidad: la duración del genio en la memoria de los hombres.

Pero todas estas despedidas fueron muy tristes para el historiador . . . no . . . para el artista excelso. Salió del templo, como sale el novio de la casa de sus padres cuando va á casarse, llorando y sin saber si en el nuevo hogar será feliz. Más claramente dicho: no salió, se lo llevaron. El era dichoso en la casa paterna, pero quería ser más feliz, y amaba á la ciencia . . . que después, á lo que parece, le causó muy grandes desengaños.

La última ilusión de su vida es la última ilusión de todos; la de vivir más . . . todo lo posible. Y como está seguro de que el cristianismo ha de vivir más que su nombre—y al decirlo creo que tributo á Renán el elogio supremo,—quiere ligar su fama á esa religión que era su novia y á quien dejó por otra, pero sin olvidarla y queriéndola más y más cada día. Quiere entresacar de sus libros páginas hermosas, que puedan ser leídas, no, rezadas en la Iglesia, por la anciana triste que va en busca de consuelo, por la mujer que sufre, por la joven que espera. Esa inmortalidad, la del breviario, la del libro de oraciones, es la que codicia y ambiciona. Hacer que crean

y esperen y amen las buenas almas, es lo que desea y lo propone hacer él que no cree. A que lleguen á Jesús, entre nubes de incienso, las palabras de él que no cree en la divinidad de Jesús. es á lo que aspira. Si fuera posible—dice en su último artículo,—vivir otra vida, renacer en otro cuerpo, si la transmigración de las almas (que es el único error en que yo no he incurrido nunca), fuera un hecho, yo anhelaría, en otra existencia, ser mujer.

Irrita que á quien ha hablado con amor tanto de la fe le insulten los creyentes. Lo había previsto, lo había sufrido y lo había perdonado.



AUGUSTO BARBIER.

El telégrafo nos anuncia la muerte de un poeta francés, cuyo genio ya estaba casi en el nadir: Augusto Barbier. Era ya viejo: contaba tres años menos que Víctor Hugo. Cuando nació, el siglo tenía cinco años: era, pues, de los últimos representantes de esa generación viril que nació el día siguiente de 93, con nueva sangre en las venas y con nuevas ideas en el cerebro.

El genio de Barbier, como una copia de materias explosivas aguardaba la chispa que había de revelarlo, entre las llamaradas del incendio. Esta chispa fué la revolución de Julio. Todo lo que anteriormente había intentado en achaques de bellas letras y poesía, era incoloro y anodino. Su primera y única obra fueron los «Yambos.» El poeta logró por fin acercar á sus labios la embocadura de la gran trompa heroica, cuyos sonos rimbombantes repite el eco de la inmortalidad.

La «Revista de París» fué la primera que dió á conocer el estro viril y agrio de Barbier. El poeta se reveló en una sátira titulada «La Curée—no encuentro la traducción de esta palabra,—en la que fustigaba á la trailla de hambrientos que se encorvaban ante el César nuevo. A esta sátira siguieron—en la misma «Revista de París,» —«El León,» «Noventa y tres,» «Varsovia» y «La Popularidad.»

Casimiro Delavigne, dice en alguna parte de sus obras:

*Nous avons trop d'auteurs que n'on fait qu'un ouvrage.*

Uno de estos autores es Barbier. La nota sonora que encontró

en sus «Yambos» pasó para no volver, como el redoble marcial de los tambores que despierta en las altas horas de la noche á los tranquilos habitantes de una aldea. El regimiento pasa, el redoble se aleja, se desvanece poco á poco, y las ondas sonoras vuelven á cerrarse como la superficie de un lago rugada por la caída de una piedra. La gloria, esa querida de un momento, abandonó al poeta. Barbier corría tras ella como un insensato; pero la esquivada diosa azuzaba con el acicate de oro su montura alada y se perdía en las nubes del Olimpo.

Causa pena seguir con la imaginación esta carrera de la tortuga tras la cierva. He leído alguna de esas obras que Barbier publicó, después de sus terribles «Yambos,» «Los Cantos Civiles y Religiosos,» «Las Rimas Heróicas,» «Las Silbas» y «Las Sátiras.»

El poeta se esfuerza en vano. Una musa indignada alejó de sus labios la trompa heróica. El ángel, vibrando su espada de fuego, quedó guardando el paraíso. Su inspiración estaba muerta y quiso embalsamarla; mas el cuerpo disyecto, adobado con ungüentos y ceñido de bandeletas, exhalaba el olor de los cadáveres.

Las obras en prosa de Augusto Barbier son insignificantes. Yo conozco solamente dos: «Tres Pasiones» é «Historias de Viajes.» Esta última se publicó en París ha pocos meses. La posteridad, que había ya comenzado para Barbier, discurrendo sobre la nulidad de sus obras posteriores, llegó hasta sospechar que los «Yambos» no eran exclusivamente suyos. El poeta, como el Carlos V legendario, presenciaba sus propios funerales. El poeta se sobrevivía.

No quedan, pues, del cantor indignado, más que los hemistiquios enrojados de sus «Yambos.» Con ellos se había presentado á la inmortalidad, y esa fué la gran llave de bronce que le abrió las puertas de la Academia, en competencia con Theophile Gautier. Aquella vez, hablando del pagano autor de los «Esmaltes y Camafeos,» Barbier pudo decir lo que Pirón decía refiriéndose á Voltaire: «El hace mosaicos y yo estatuas.» Pero aquella vez, Barbier había mentido como Pirón mintió. Los mosaicos quedaron en el Vaticano y las estatuas fueron á esconderse en los telarañosos accesorios de un teatro.

Barbier no es, como lo quieren sus admiradores, el gran poeta nacional. La tierra necesita la honda herida del arado para que la semilla arraigue y fructifique. Las naciones necesitan que el dolor, ese arado, las desgarré, para tener una poesía verdaderamente patriótica. Barbier pertenece á la falange de los poetas políticos, no es

un poeta nacional, es un poeta de partido. Ataca una pandilla, un grupo aislado; pugna con determinada corriente de la opinión, como el nadador que sigue río arriba, lucha y bracea contra la corriente de las aguas. Francia no había tenido poetas nacionales, propiamente hablando. Lamartine, Víctor Hugo, Soumet y Guiraud, cantando el «Nacimiento del Duque de Burdeos,» «Las Vírgenes de Verdun,» las «Víctimas del 21 de Enero» y la «Muerte de Luis XVII,» hacían poesía monárquica. Méry, el marsellés y Barthélemy en la «Véme-sis» ponían su musa á sueldo de las armas napoleónicas. El mismo Víctor Hugo en sus «Castigos,» no es el poeta nacional, en la acepción legítima de esta palabra, es el poeta de la libertad: es el gigante que golpea con su férrea maza sobre el yunque de Francia á todos los tiranos. Como Lamartine en su «Marsellesa de la Paz,» no hace poesía francesa, hace poesía universal. Para el titán no hay divisiones ni barreras, su mirada se espaciaba por los cuatro ángulos del horizonte y pasa por encima de la montaña, como el águila; en su retina poderosa se reflejan los incendios de Varsovia, las convulsiones de Hungría, las heróicas pugnas de Grecia. Llegan á él los cuatro vientos del espíritu, y su oído se inclina á todos los dolores. Ese es el eco majestuoso que repite la voz doliente de todas las congojas. A cada herida que la humanidad recibe, sangra su pecho. Por esa boca hablan los siglos. No es el poeta francés, sino el poeta humano.

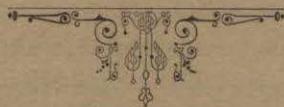
Barbier pertenece á la categoría de los poetas políticos. Su obra está ligada con las pasiones de momento y los ideales perecederos. Francia no tuvo una poesía propia hasta los días aciagos de la guerra franco-prusiana.

El arado pasó por ella abriendo un hondo surco, y el dolor se hizo carne. Los poetas nacionales de ese período angustioso, son Sully-Prudhome, Derouléde y Coppé. Ellos encontraron el grito que lanza la leona cuando le arrancan sus cachorros: la elocuencia indignada del dolor. Beranger, el gran poeta de carácter nacional, el pontífice del buen sentido — pontífice que usaba en vez de tiara un gorro de dormir, — no halló jamás esos arranques viriles de águila desagrada, más no muerta. La poesía de Beranger, es la poesía del Bonhomme cantada por Nadaud:

Il pleut? j'ai mon parapluie!  
Il fait froid? j'ai mon manteau!  
Si, par hasard, je mennaie,  
Je m'en vais, voir couler l'eau!

Los poetas de la guerra franco-prusiana no cantaban después de comer, ni escribían oyendo el cadencioso hervir de la grasa en la olla del puchero. Escribían ayunos, escuchando el rodar de las cureñas y viendo cómo la metralla rompía en el aire negro su flor roja.

Barbier no alcanzó esa gloria augusta. La sátira no puede flamear nunca tan alto como la verdadera poesía patriótica. La sátira se arrastra; la oda vuela. Mas en la categoría de los poetas políticos, Barbier ocupa uno de los primeros escabeles. Su verso candente chirriaba al tocar la carne viva. Pero el hierro se enfrió sobre el desnudo yunque, y el poeta no volvió á hallar el horno incandescente de otros días.



A MANUEL LARRAÑAGA PORTUGAL.

«Noviembre 7 de 1893.

Sr. Don Manuel Gutiérrez Nájera.

Presente.

Querido Duque:

Ahí va ese libro, como mío, bastante insignificante; es mi embajador cerca de Ud., y bien sé que para ser recibido es demasiado pobre. ¡Qué más; su traje está zurcido con trozos de todos colores, verdadera capa de mendigo!

En la república de mis ideas, en donde á cada paso se suscitan asonadas y motines, que temo llegue un día en que no pueda dominar y den al traste con mi exígua autoridad, no ha habido bastantes recursos para hacer á mi enviado extraordinario más presentable: sin embargo, dígnese Ud. recibirlo. Es demasiado humilde, pero lleva la expresión sincera de mi afecto y de mi admiración por Ud.

Mucho he de agradecerle, si tan afortunado soy, que lo reciba Ud. entre sus libros, y le conceda un momento, que me diga cuanto de él piense y la impresión que le cause.

Su amigo y seguro servidor que lo aplaude y admira.— *Manuel Larrañaga Portugal.*»

He consentido en publicar la carta de Ud., amigo mío, á pesar de las frases lisonjeras que para mí tiene, porque esa carta señala modestia en quien la escribió, y la modestia, siendo tan recatada co-